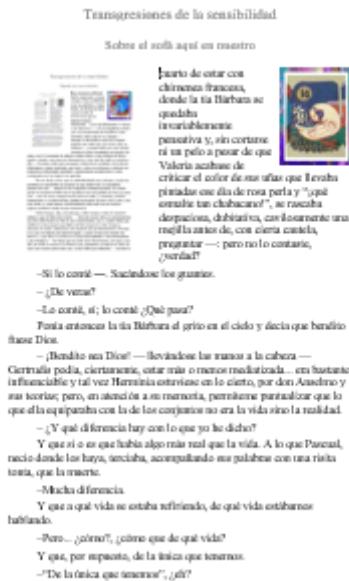


# Transgresiones de la sensibilidad

## La señorita Oriana



o Clotilde, o Rosaura, o Fructuosa, dependiendo de a quien tocara el turno porque *os pasa* – decía Basilia – igual que con el perro que *cada una tenéis que llevar el vuestro* y así pasaba lo que pasaba...



–O véase, si no, qué pasó con...  
“¿era Albertina?” – quiere recordar la menos corpulenta de las Fuenfría – con las orejas y el rabo y las manchas de su Pascual.

Pero no puede, **la menos corpulenta de las Fuenfría** no puede, por más que

quiera, y mira que lo está intentando con todas sus fuerzas, clavados sus ojos angustiados o ansiosos en una Genoveva que, imbuida hasta los huesos aquellos suyos que de quién o de dónde le habrían venido ni a quién o cuando ir a protestar, exponiendo sus razones, claro, que no los quería, o que por lo menos se los cambiaran por otros, que había sido un error o pecado de vanidad imperdonable el aceptarlos sin saber lo que el acarrear con ellos exigiría de aquella, esta, su naturaleza tan creadora, tan encaramada en aquella autoridad jamás buscada, en aquella autonomía tan suya de la que en el fondo de su corazón abominaba, miraba con los suyos a otro lado como queriendo dar a entender *yo ya os he dado el Mundo y la Vida y todo cuanto necesitáis para desenvolveros en el Uno y en la Otra, el cómo Configurarla y Modelarlo es cosa vuestra*.

Y que no siguiéramos, hoy por lo menos, todos mosconeando alrededor de ella, que tenía agendada *o miradlo si queréis en la aplicación de vuestros móviles o en el calendario zaragozano* una tormenta con mucho aparato eléctrico y, *mira, las horas que son y ni un rayo ni un trueno ni una nubecilla tengo ni medio enjaretados todavía*.

Sin apiadarse, en su inmutabilidad, por la Fuenfría y sus denodados esfuerzos por recordar.